

LA PATRIA ES EL IDIOMA
Prof. Olga Zamboni
Miembro correspondiente de la Academia Argentina de Letras

Mi verdadera patria es el húngaro, decía Sandor Márai.

Efectivamente, el idioma materno es la más entrañable patria (¿o deberíamos, con Sábato, llamarla «matria»?), la que no nos abandona aun cuando aprendamos y maneje fonéticas extrañas a nuestro paladar, pues está en nosotros, forma parte de nuestros tejidos y nuestra sangre y, aunque no queramos, somos la lengua que hablamos desde niños, que creció en y con nosotros.

Cuando transitamos mundos donde se hacen oír lenguajes extraños a nuestra diaria norma, bastará una interjección, un acento, una melodía en canto y letra familiares llegados a nuestros oídos exiliados para que cien imágenes acostumbradas regresen y nos sacudan hasta los tuétanos. Por algo los romanos llamaban «extranjeros» (bárbaros) a quienes no hablaban el latín. Perteneían a «otra patria».

La lengua materna es la patria más propia porque surge de lo más humano que tenemos: nuestras palabras. Sin ellas, aquélla no existiría, verdad de Perogrullo.

La palabra, célula madre, molécula constitutiva, va aumentando su red inextricable a partir del primer balbuceo hasta convertirse en ese territorio poblado de voces, en el diccionario al tiempo general y personal que cada uno de nosotros lleva en la mente y en el corazón. Diccionarios, Academias y Congresos de la lengua vienen después. Para afirmarnos en esa patria hablada y escrita que nos viaja y nos nutre en todos los momentos, sean terribles o mansos, los más hermosos, los inconsolables, triviales o sintéticos. La lengua nos impulsa, nos compulsas, —a veces también nos expulsa de su reino cuando nos cuesta llegar a ella al intentar exprimirla al extremo en la búsqueda de aquella palabra que llegue a la última caverna del sentido ambicionada—. Allí está como madre ofreciéndonos su depósito inagotable, precioso venero, entre cuya abundancia quizás se nos escurra siempre esa palabra total inalcanzable, a la que a veces nos aproximamos; otras, la retorremos y buscamos moldearla en el verso, la reprobamos y volvemos a aprobar en la prosa para adaptarla a nuestro ritmo en lucha denodada por hacerla propia. Pero ahí están los clásicos, triunfadores de esa amorosa y despiadada lucha, cuyas obras perduran. Horacio, uno de ellos, dijo hace dos mil años que había levantado un monumento más perenne que el bronce y más alto que sitio real de las pirámides; que ni el tiempo ni las inclemencias ni la infinita serie de los años alcanzaría a destruir:

Lo dijo en latín, la lengua «abuela» de la nuestra. Y si lo recordamos hoy aquí es porque ella sigue viva a través de las evoluciones transformadoras, signo de su vitalidad y permanencia.

Cada momento tiene su palabra y si no la tiene, ella está figurada en el silencio. La lengua también es el silencio: aun callados, no podemos vivir sin que millones de palabras nos asalten. Nada somos sin ellas en nuestros pensamientos y en nuestros soliloquios tanto como en los diálogos y escrituras, literarias o no, que emprendamos.

Ahora bien. Cada tiempo y lugar tiene su habla inconfundible. Pero ésta puede ser el resultado del contacto de la lengua oficial con lenguas diversas. En mi caso particular, mi

lengua-patria-matria tiene las modulaciones del guaraní originario, hablado en estas tierras del NE argentino y el Paraguay; del portugués presente en la convivencia fronteriza con Brasil y de cien lenguas inmigrantes —polaco, japonés, alemán, dinamarqués, italiano etc.— en una Babel que presta al español vivacidad y estilo propios. Allí están los regionalismos en la boca de la gente antes de pasar a los diccionarios; allí, los modos coloquiales, las peculiaridades de las tonadas. Este contacto con el español no es en modo alguno una «invasión» de otras lenguas sino interacción riquísima. Es sangre nueva que la recorre enriqueciéndola, prueba —si ello fuera necesario— de que es un organismo vivo.

Cada momento, cada lugar. El de nuestra lengua será ahora 2010 y Valparaíso, sede del V CILE (sigla que es casi homónima de CHILE, el país anfitrión).

Que de este Congreso se difunda por todos los pueblos hablantes de nuestra gran familia lingüística la necesidad de estar atentos a la información de modificaciones y novedades emanadas ya de anteriores congresos, que aún están muy lejos de haber hecho carne en profesionales, docentes, estudiantes, periodistas, hombres de leyes etc. Será necesario estudiar y avanzar en los medios de difusión para que los congresos y las Academias lleguen al hablante en general y sus normas ya establecidas den la «fijeza y esplendor» que ellas proclaman.

Y, viceversa, que las expresiones usuales del pueblo surgidas del contacto entre hablas diversas sigan interactuando con vigor, sin complejos, porque ellas son carne de nuestra «matria» lingüística, la verdadera patria.